

Lo que importa es que esta vez la semilla nuevamente plantada sí germine. *A Plague of Sheep*:... es un libro que todo especialista debe conocer, analizar, tal vez imitar y si es posible superar. Los estudiantes deben ver en él un modelo de historia inteligente, creativa, libre de viejos estereotipos. La autora brinda a la historiografía mexicana una oportunidad de saldar su retraso en estos temas ofreciéndole beneficios acumulados por años de desarrollo de la especialidad. Además, es un buen ejemplo de cómo abordar un estudio de ámbito regional sin localismo, es decir, con plena conciencia de los procesos más amplios que dan sentido a la historia local.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

Nadine BÉLIGAND: *Códice de San Antonio Techialoyan. A 701, Manuscrito Pictográfico de San Antonio La Isla, Estado de México*. México: Instituto Mexiquense de Cultura, 1993, 288 pp.

Es frecuente encontrarse en las ediciones de códices que la reproducción facsimilar ocupa el lugar central y en muchas ocasiones carecen de un estudio concienzudo del texto que se publica. Éste no es el caso del códice de San Antonio que nos presenta Nadine Béligand. Por el contrario lo analiza profusamente a la vez que nos ofrece un balance de los estudios realizados en el pasado sobre el grupo Techialoyan.

A lo largo de las primeras 40 páginas la autora nos proporciona una visión de conjunto de los llamados códices Techialoyan, desde los primeros trabajos realizados por Federico Gómez de Orozco en 1933 hasta los más recientes de Joaquín Galarza. Este balance historiográfico tiene gran mérito, ya que los Techialoyan han sido estudiados desde muy diversas ópticas. Se han analizado desde la perspectiva artística; así Federico Gómez de Orozco consideró que el estilo de estos códices permitía observar una continuidad con el dibujo y la escritura jeroglífica de los antiguos nahuas. Posteriormente, Donald Robertson llegó a la conclusión contraria de que dichos códices reflejaban ya una concepción europea del dibujo y los ubicó como documentos del siglo XVIII. Otros se abocaron al análisis del náhuatl para fecharlos. En suma, Nadine Béligand subraya con gran acierto la polémica

mica suscitada por más de medio siglo en torno a la autenticidad y naturaleza de estos códices.

En un segundo capítulo la autora analiza el códice de San Antonio, que dio su nombre al conjunto de textos que reunían, según Robert Barlow, características similares. Puntualmente nos ofrece un panorama de los trabajos paleográficos, transcripciones y traducciones así como de sus reproducciones. A la vez, estudia con detenimiento la elaboración del propio códice, los materiales con que fue hecho, las etapas de fabricación y el método.

Sobre la autenticidad y la fecha de elaboración, Béliqand asienta que fue realizado a principios del siglo XVIII. Considera que los Techialoyan, en su conjunto, fueron probablemente elaborados por un grupo de tlacuïlos que circulaban en el actual Estado de México. Asimismo, correlaciona dos inscripciones labradas en la piedra de la iglesia, por la letra y el estilo literario, con la registrada en el propio códice. Critica con gran acierto a aquellos autores que trataron de ubicar estos documentos como pertenecientes al siglo XVI, con base en que las referencias que incluyen siempre aludían a la época inmediatamente posterior a la conquista.

En un tercer capítulo nos presenta una edición crítica y bilingüe del texto y sus traducciones. Compara las realizadas por Federico Gómez de Orozco y Galicia Chimalpoca con la suya, y concluye que las diferencias en las traducciones son notables. En el capítulo siguiente refiere de manera sistemática el contenido temático del texto. En los siguientes dos apartados Béliqand hace un análisis de los antropónimos indígenas y de los nombres cristianos, para luego estudiar el espacio toponímico de los naturales. Por último, incluye lo que llama el universo agrario, las referencias hechas en el texto a los sistemas de cultivo, tipos de tierra, así como a las medidas agrarias.

Este último tema, a mi juicio, ha sido descuidado por la historiografía novohispana. Si bien es cierto que Teresa Rojas lo ha estudiado en relación con el periodo prehispánico, quedan aún por estudiarse las transformaciones de los siglos subsecuentes. La autora nos ofrece abundante información sobre este aspecto. Sin embargo, debido a la naturaleza de su propio estudio, no analiza los datos que nos proporciona. No obstante, su descripción del universo agrario contenido en el códice de San Antonio sienta las bases para un trabajo futuro sobre los sistemas agrarios indígenas. Debemos preguntarnos cuál fue el impacto de la congrega-

ción y reparto de tierras sobre la agricultura indígena, y si el sistema de camellones o el cultivo en terrazas se conservó y hasta cuándo. Habría que preguntarse también qué sucedió con las chinampas, y con los sistemas de riego indígenas.

Por mi trabajo sé que los camellones en Toluca tendieron a desaparecer en el último tercio del siglo XVI, debido en parte a la congregación de naturales, pero también al concepto hispano de la "parcela". Es decir, a la redefinición que sufrió la propiedad indígena a raíz de la conquista española.

Por otra parte, un tema sumamente importante es el de los sistemas de riego, y de nuevo habría que analizar si la costumbre hispana de asentar a los pueblos en las llanuras provocó un abandono de los cultivos en terrazas y por ende del sistema de riego.

Por último, quisiera llamar la atención sobre otro aspecto relacionado con la polémica de la autenticidad de estos documentos y la dificultad que han tenido historiadores y antropólogos para explicar el origen de estos documentos. Nadine Béligand tiende a subestimar la importancia de las composiciones de tierras como antecedente de los códices Techialoyan. Sin embargo, nos proporciona la evidencia para sostener que efectivamente hay una relación estrecha entre ambos fenómenos. Afirma que el códice fue escrito a principios del siglo XVIII y nos dice a la vez que San Antonio sometió a composición sus tierras y términos en 1695. No obstante esta evidencia, subraya la importancia de los factores explicativos, como el crecimiento de la población y la consecuente demanda de tierras en dicha época.

Quisiera, para terminar, señalar dos puntos, primero, que es menester abandonar, quizás, la idea de que este corpus documental fue elaborado por una escuela de tlacuilos, ya sea de Tlatelolco, de Tacuba o mexiquense, y reconsiderar que pudieron ser elaborados en fechas distintas y por distintas personas. Segundo, a mi juicio, lo único evidente es que no son documentos apócrifos, ni tampoco fueron elaborados con la intención de engañar a nadie. Fueron ejecutados en el momento en que la comunidad sintió amenazada su propiedad, y este fenómeno ciertamente es difícil de uniformar en el tiempo, porque si bien he insistido en la importancia de las composiciones de tierras, lo cierto es que los pueblos del valle de Toluca lo hicieron en distintas fechas, algunos en el siglo XVII y otros en el XVIII.

El trabajo de Nadine Béligand es rico, amplio y muy sugerente, y como ella misma propone, es menester retomar el estudio

sistemático de los códices con el fin de revalorar lo dicho hasta hoy, que es a todas luces contradictorio y muy polémico.

Estoy segura de que el trabajo de Nadine Béliand será de consulta obligada para quienes aborden en el futuro el estudio de los códices Techialoyan.

Margarita MENEGUS BORNEMANN
Universidad Nacional Autónoma de México

Carlos SEMPAT ASSADOURIAN: *Transiciones hacia el sistema colonial andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos-El Colegio de México, 1994, 304 pp.

Este libro constituye una aportación fundamental para el estudio del mundo indígena en el siglo XVI. Fruto de muchos años de investigación y de reflexión profundas, Assadourian aborda los temas centrales que le permiten al lector una comprensión del proceso de transición del mundo indígena prehispánico al periodo colonial. El libro se divide en dos partes, aunque el autor no lo señale así. La primera, estudia los grandes temas de la historia económica, a saber: la demografía, el intercambio de bienes que realizaban las comunidades y la propiedad indígena. Una segunda parte se orienta al estudio de la historia que podríamos llamar sociopolítica, en donde se muestran las relaciones de los señores étnicos con los poderes coloniales; la corona, los encomenderos, los corregidores y los religiosos.

La obra analiza detalladamente los procesos de cambio presentados en las comunidades andinas, a la vez que nos introduce en la cosmovisión simbólica del indígena y en sus sistemas organizativos. De ninguna manera se trata de una historia lineal, progresista ni simplista, por el contrario, en todos los ensayos el autor entretaje la historia desde los diversos personajes que intervinieron en la construcción o destrucción de ese mundo. La lectura, en ocasiones difícil, se debe a que Assadourian opta por incluir en su análisis la crítica interna de sus fuentes, ejercicio fundamental de todo historiador, que con frecuencia no se encuentra en los textos. Carlos Sempat Assadourian muestra un pleno dominio sobre las fuentes de la época y a la vez tiene el mérito indiscutible de hacer presente la voz indígena en todas las discusiones donde centra su interés. Además, el autor crea cons-